UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XXVIII

CONSEJERA Y AMIGA

ALGUNA que otra vez volvía Amparo á visitar su antigua calle, por ver á los amigos que allí había dejado. Pocos días después del de la Candelaria sintió deseos de realizar una expedición hacia aquella parte. Halló todo en el mismo estado; el barbero, muy ocupado en descañonar á un sargento, la saludó jovialmente; á la puerta de su casa divisó á la señora Porreta tomando el fresco, ó el sol, que ambas cosas faltaban dentro del tugurio de la comadrona, la cual hacía extraña y risible figura sentada en una silleta baja, y muy esparrancada; sus piés, calzados con zapatillas de orillo, miraban uno á Poniente y otro á Levante; tenía caídas las medias, por deficiencia de ligas sin duda; en el formidable hueco del regazo descansaban sus manos, y mientras una chiquilla encanijada, nieta suya, la peinaba las canas greñas y la hacía dos *chichos* tamaños como bellotas, la insigne matrona no perdía el tiempo, y calcetaba con diligencia, manejando las metálicas agujas, que despedían vivos ful-

gores. Al ver á la Tribuna, se echó á reir con opaca risa.

—Hola, chica... salú y fraternidá. ¿Cómo está tu madre? ¿Y la revolusión, cuándo la hasemos? ¿Cuándo me proclamas á mí reina de España?

Y como Amparo procurase escabullirse, la vieja subió el tono de sus carcajadas, semejantes al chirrido de una polea, y que hacían retemblar su vientre de ídolo chino.

—Sí, escápate, escápate...—murmuró.—Ahora bien te escapas... Ya bajarás la soberbia cuando yo te haga falta... ¿oyes, Amparo? Cuando necesitáis á la señora Pepa, venís como corderitos... ¡Quién te verá aquel día! ¿Eh?

—Dios delante, señora Pepa—contestó altiva y picada Amparo—otras la llamarán más pronto, señora. A no ser que me case...

—¡Sí, sí... echar por la boca! El tiempo todo lo vense—afirmó con profético acento la comadre, cogiendo una hilera de puntos, que se le había soltado al reir.

Siguió Amparo calle adelante, y llamó al tablero de Carmela la encajera; pero con gran sorpresa suya, en vez de abrirse éste, se entreabrió la puerta interior que comunicaba con el portal, y se asomó Carmela animada, encendida la tez y con un júbilo nunca visto en ella.

—Entra, entra—dijo á la pitillera.

Esta entró. El cuartito estaba en desorden; recogida la almohadilla de los encajes; había un baúl abierto y ya casi colmado, y los cuadros de lentejuela y estampas devotas, que solían adornar las paredes, faltaban de ellas.

—Hola... ¿parece que vamos de viaje?—preguntó Amparo.

La respuesta de la encajera fué echarla al cuello los brazos, y pronunciar, con voz entrecortada de alegría:

—¿Luego tú no sabes, no sabes que Dios me dió la sorpresa? Ya tengo el dote, chica... me voy á Portomar á ver si me reciben allá en el convento!...

—¡Ahora que dice que se acaban las monjas!

—Las de Portomar no, mujer... esas no... hay un señorón liberal, allá en Madrí, que pidió por ellas...

—Pero... ¿y cómo, quién te dió el dote?

—Verás... Yo echaba todos los meses un décimo á la lotería... todos los meses. Tú ya sabes que la tía me hacía trabajar los domingos por la mañana; pero por las tardes, decía: "Anda, distráete... vete un poco á rezar á la iglesia." Bien. Pues, señor, yo en vez de rezar, iba, ¿y qué hacía? Trabajaba unas puntillitas estrechas, sin que la tía lo supiese, y se las vendía á una mujer del mercado, diciéndole á Nuestra Señora: "No es pecado esto que hago, porque es para sacar á la lotería, y si saco es para entrar monja..." Pues etaquí que cada mes me tomaba mi décimo, y para que saliese bien, siempre echaba con algún santo. Unas veces llevaba de compañero á San Juan Bautista; otras, á San Antonio; otras, á Santa Bárbara... y nada: ni tristes cinco duros. Entonces dije yo para mí: hay que ir á la fuente limpia; estos compañeros no valen. ¿Y qué se me ocurrió?

Tomé un decimito con un número muy lindo, mil ciento veintidós, y se lo fuí á llevar al Niño Dios de las Madres Descalzas... y le dije: mira, Jesusito, si sale premiado, la metá para ti... Tenía una carita tan alegre cuando se lo dije, lo mismo que si me entendiese. Pues ¿quién te dice, mujer...

Pausa de gran efecto.

—Quién te dice á ti... que al sorteo voy y miro la lista, y me veo un mil ciento veintidós como un sol? Me quedé aturdida, y mucho más, porque el premio era de los grandes: cerca de mil pesos. Sólo que, como la metá es del Niño, á mí me queda el dote limpio y pelado...

—¿Y tu tía?—preguntó Amparo, como si censurase el regocijo de Carmela.

—¿Y sabes, mujer, que yo quise depositar el dote para cuando ella muriese y quedarme en su compañía, y no quiso? Dice que no, que bien claro está que Dios me llama para sí... Ella tiene buscada colocación en casa de un cura... como está así, medio ciega, sólo en un sitio de poco trabajo puede servir. ¡Ay, Niño Jesús de mi alma! ¡Cuántas lagrimitas tengo lloradas aquí sin que nadie me viese! ¡Qué días! Es mejor hacer pitillos que encajes, chica. ¡Fumar, siempre fuma la gente; pero los encajes en invierno... es como vivir de coser telarañas!

Y levantándose, cogió un tiesto que estaba en la ventana y lo entregó á Amparo.

—Toma, me alegro de que hayas venido... Cuídame mucho la malva de olor, que por el camino tengo miedo de que se rompa el tarro.

Amparo cogió el tiesto y respiró el perfume de la planta, hundiendo la faz entre las aterciopeladas hojas. La encajera la miraba con sus pupilas siempre melancólicas y serenas.

—Amparo—dijo de pronto.

—¿Eh?...—respondió la Tribuna, sorprendida como si la despertasen de golpe.

—¿Te enfadas si te digo una cosa?

—No, mujer... ¿y por qué me he de enfadar? —contestó fijando sus ojos gruesos y brillantes en la futura concepcionista.

—Pues quería decirte... que por ahí te pusieron un moté.

—¿Un mote? ¿Y es cosa mala?

—Mala... ¡qué sé yo! Te llaman *la Tribuna*.

—¿Y quién me lo llama?

—Los señoritos... los hombres. Dice que fué porque el día del convite... no te parezca mal, que á mí me lo contaron así, inocentemente... te dió un abrazo uno de aquellos señores de la *Samblea*... y que te dijo...

—¡Me llamó Tribuna del pueblo!—exclamó orgullosamente la muchacha.—¡Ya se ve que me lo llamó!

—Y eso, ¿qué es, mujer?

—¿Lo qué?

—¿Eso de Tribuna del pueblo?

—Es... ya se sabe, mujer, lo que es. Como tú no lees nunca un periódico...

—Ni falta que me hace... pero dímelo tú, anda.

—Pues es... así á modo de una... de una que habla con todos, supongamos...

—¿Que habla con todos?... ¿Y te lo dijo en tu cara?... ¡El dulce nombre de María!

—Pero no hablar por mal, tonta; si no es eso... Es hablar de los deberes del pueblo, de lo que ha de hacer; es istruir á las masas públicas...

—Vamos, como una maestra de escuela... Jesús, si pensé que... ya decía yo; ¿había de ser tan descarado que se lo encajase allí, sin más ni más? Pero como por ahí se ríen cuando mentan eso...

—¡Bah!... no tienen qué hacer, y velay.

—Y... mira, ¿te digo otro cuento?

—Tú dirás...

—Me contaron... no tomes pesadumbre, que son dichos... que andaba tras de ti un señorito... de la oficialidá.

—¿Y si anda?

—Y si anda, haces muy mal en hacer caso de un oficial, mujer... A las chicas pobres no las buscan ellos para cosa buena, no y no... Y á las que son pobres y formales no se arriman, porque ven que no sacan raja...

—¡Eh! A modo... no la armemos, Carmela. A mí nadie se arrima por la raja que saque, sino por el aquel de que le gustaré, y vamos andando, que cada uno tiene sus gustos... Hoy en día, mas que digan los reacionarios, la istrución iguala las clases, y no es como algún tiempo... No hay oficial ni señorito que valga...

—Mujer, yo no hablé por mal... Te quise avisar, porque siempre te tuve ley, que eres así... una infeliz, un pedazo de pan en tus interioridades... Déjate de políticas, no seas tonta, y de

señoritos... Fuera de eso, ¿á mí qué se me importa? Es por tu bien...

Se dispuso Amparo á marcharse, cogiendo debajo del brazo su tarro; pero la afectuosa encajera la quiso abrazar antes.

—No quiero que quedemos reñidas... ¿Vas enfadada? Bien sabe Dios mi intención... Escríbeme á Portomar... Ya te contaré todo, todo.

Y se asomó á la puerta para ver alejarse á la garbosa muchacha, cuyo vestido de percal proyectó, por espacio de algunos segundos, una mancha clara sobre las obscuras paredes de las casas de enfrente.

XXIX

UN DELITO

DESDE la venida de Amadeo I tenían las cigarreras de Marineda á quien echar la culpa de cuantos males afligían á la Fábrica. Cuando caminaba hacia España el nuevo Rey, leíanse en los talleres, con pasión vehementísima, todos los periódicos que decían: "No vendrá." Y el caso es que vino, con gran asombro de las operarias, á quienes la prensa roja había vaticinado que la monarquía era "un yerto cadáver, sentenciado por la civilización á no abandonar su tumba". Alguna cigarrera abogó por el hijo de Víctor Manuel, rey liberal al cabo, que daba la mano á todos y no tenía maldita la soberbia; pero la inmensa mayoría convino en que, al fin, un rey era siempre un rey, y en que la monarquía no era la república federal, verdades tan palmarias que, por último, las disidentes hubieron de reconocerlas.

Otros motivos de irritación ayudaban á soliviantar los ánimos. Escaseaban las consignas y la hoja tan pronto era quebradiza y seca, como podrida y húmeda. No, trabajo habían de pasar

los que fumasen semejante veneno; pero las que lo manejaban también estaban servidas. Al ir á estirar la hoja para hacer las capas, en vez de extenderse, se rompía, y en fabricar un cigarro se tardaba el tiempo que antes en concluir dos; y para mayor ignominia, había que echarle remiendos á la capa por el revés lo mismo que á una camisa vieja, lo cual era gran vergüenza para una cigarrera honrada y que sabe su obligación al dedillo. Las operarias alzaban los brazos ejecutando la desesperada pantomima popular, llevándose ambas manos á la cabeza, á la frente, al pecho, señalando con enérgicos ademanes el tabaco averiado é inútil, de imposible elaboración. Tan alteradas estaban, que al pasar las maestras les metían puñados de hoja en las narices, gritando que "olía á berzas"; y, envalentonándose, lo hicieron también con los Inspectores, y si el Jefe se hubiese presentado en los talleres, apostaban que con el Jefe repetirían la escena. En vano algunas maestras intentaron calmar el oleaje prometiendo, para el entrante mes, nuevas consignas: seguían las turbulencias, porque aquel Gobierno maldito, no contento con enviarlas hoja de desperdicio, para más, daba en la flor de no pagarlas. Pasaban días y días sin que la cobranza se abriese, y las pobres mujeres, tímidamente al principio, después en voz alta y angustiosa, preguntaban á las maestras: "Y luego, ¿cuándo nos darán los cuartos?" Fué en *crescendo* el run run y se convirtió en formidable marejada. El instinto que impele á los amotinados á po-

nerse á las órdenes de alguien, aconsejó á las operarias del taller de cigarrillos arrimarse á Amparo buscando el calor de su tribunicia frase. Halláronse chasqueadas: Amparo no dió fuego. Oyó á todas y convino con ellas en que, efectivamente, era una picardía no pagarlas lo suyo; y, ventilado este punto, siguió liando pitillos, sin añadir arenga, excitación, sermón político ni cosa que lo valiese. Admiradas se quedaron las turbas de semejante frialdad. ¡Si pudiesen penetrar en lo íntimo del alma de Amparo, en aquellos inexplorados rincones donde quizás ella misma no sabía con total exactitud lo que guardaba! ¡Si hubiesen visto brotar una figurita chica, chica, remotísima, como las que se ven con los anteojos de teatro cogidos á la inversa, pero que iba creciendo con rapidez asombrosa, y que en la nomenclatura interior de las ilusiones se llamaba *señora de Sobrado!* ¡Si advirtiesen cómo esa *señora,* microscópica, aun vestida del color del deseo, iba avanzando, avanzando, hasta colocarse en el eminente puesto que antes ocupaba la Tribuna, que se retiraba al fondo envuelta en su manto de un rojo más pálido cada vez!

Atribuyóse á otras causas la indiferencia de la oradora. Amparo tenía los dedos listos y una boca no más que mantener; la crisis económica no podía importarla tanto cómo á las que reunían seis hijos, tres ó cuatro hermanos, familia dilatada, sin más recursos que el trabajo de una mujer. El tiempo corría, y en la tienda se cansaban de fiarlas; se veían perdidas; ¿cómo

salir del apuro? ¡A los angelitos no era cosa de darles á comer las piedras de la calle! Guardiana, hablando de su sordo-muda, partía el corazón; ella primero consentía morir, que privar á la niña de su cascarillita con azúcar y de su pan fresco de trigo; si era preciso, pediría una limosna: no sería la primera vez; y al oir esto todas sus amigas la atajaron: ¡pedir limosna! ¡qué humillación para la Fábrica! No; se ayudarían mutuamente, como siempre; las que estaban mejor se rascarían el bolsillo para atender á las más necesitadas; y, en efecto, así se hizo, verificándose numerosas cuestaciones, siempre con fruto abundante.

Cierto día se difundió por la Fábrica siniestro rumor: Rita de la Riberilla, una operaria, había sido cogida con tabaco. ¡Con tabaco! ¡Jesús, si parecía una santa aquella mujer chiquita, flaca, con los ojos ribeteados de llorar, que solía atarse á la cara un pañuelo negro á causa, quizá, del dolor de muelas! Pero algunas cigarreras, mejor informadas, se echaron á reir: ¿dolor de muelas? ¡ya baja! Era que su marido la solfeaba todas las noches, y ella, por tapar los tolondrones y cardenales, se empañicaba así; también una vez se había presentado arrastrando la pierna derecha y diciendo que tenía reuma, y el reuma era un lapo atroz del esposo. Cuando llevaron á la culpable al despacho del Jefe, lo primero que hizo fué llorar sin responder; y al cabo, hostigada ya, asaeteada á preguntas, se resolvió á confesar que "su hombre„ la abría á golpes si no le llevaba todos los días

tres cigarros de á cuarto... La Comadreja, con su carilla puntiaguda, cómicamente fruncida, remedaba á la perfección los entrecortados sollozos, el hipo y las súplicas de la delincuente.

—Tres cig...aaarros, señor menistrad...ooor, tres cig...aaaarros solo, que aún yo de aquí viva no saaal...ga si otra triste hilacha de taaab...aco apañé... que yo no lo hiiiice por cubicia, tan cierto como que Dios bendito está en los diiiivinos sielos, sino que el hombre me da con el formón, que, perdonando la cara de usté, en una pierna me cortó la carne, que puedo enseñar la llaga, que aún no curó... Y él sólo quiere el tabaco para fuuumar, que no es para vender ni hacer negocio... Y ahora yo pierdo el pan, y mis hijos también... Porque, escuche y perdone; él me decía: ya que no traes cuartos hace un mes á la casa, tan siquiera trae cigarros, bribona...

El taller entero, á vueltas de la risa que le causaba la graciosa mímica de Ana, rompió en exclamaciones de lástima: robar no estaba bien hecho, claro que no; pero también hay que ponerse en la situación de cada uno: ¿cómo se había de gobernar la infeliz, si su marido la tundía y hacía picadillo con ella? ¡Ay! ¡Dios nos libre de un mal hombre, de un vicioso! En fin, no era razón dejar morir de hambre á los chiquillos de la Rita; la Fábrica daba limosna á bastantes pobres de fuera: con más motivo á los de dentro; y la maestra recorrió el taller con el delantal hecho bolsa, y llovieron en él cuartos, *perros* y monedas de diferentes calibres en gran

abundancia. Al llegar frente á Amparo, ésta tuvo un rasgo que fué aplaudidísimo y la conquistó otra vez gran popularidad. Hacía ya una semana que la pitillera vivía del crédito, porque sus gastos de vestir la traían siempre atrasada; y cuando la cuestora se acercó á pedir, no tenía la futura señora de Sobrado ni un ochavo roñoso en el bolsillo. Pero, cosa de un mes antes, había realizado uno de sus caprichos, comprando con las economías, en otro tiempo destinadas á salvar á la Asamblea, un par de pendientes largos de oro bajo, que eran su orgullo: quitóselos sin vacilar, y los echó en el delantal de la maestra. Alzóse un clamoreo, una aprobación ruidosa y vehemente, gritos agudos, voces humedecidas por el llanto, bendiciones casi inarticuladas, y al punto dos ó tres objetos más de escaso valor, una sortija de plata, un dedal de lo mismo, vinieron despedidos desde las mesas próximas, cayeron en el delantal y se mezclaron con la calderilla.

Aquella tarde, al salir de los talleres, vieron las operarias, colgado cerca del quicio de la puerta, el cartel de rigor:

"Habiendo sido cogida con tabaco en el acto del registro la operaria del taller de cigarros comunes, Rita Méndez, del partido núm. 3, rancho 11, queda expulsada para siempre de la Fábrica. — *El Administrador Jefe,* FULANO DE TAL."

Colocadas á ambos lados de la escalera, las cuadrilleras vigilaban para que el despejo se

hiciese con orden; y sentadas ya en sus sillas, esperaban las maestras, más serias que de costumbre, á fin de proceder al registro. Acercábanse las operarias como abochornadas, y alzaban de prisa sus ropas, empeñándose en que se viese que no había gatuperio ni contrabando... Y las manos de las maestras palpaban y recorrían con inusitada severidad la cintura, el sobaco, el seno, y sus dedos rígidos, endurecidos por la sospecha, penetraban en las faltriqueras, separaban los pliegues de las sayas... Mientras, los bandos de mujeres iban saliendo con la cabeza caída—humilladas todas por el ajeno delito;—y el reloj antiguo de pesas, de tosca madera, pintado de color ocre con churriguerescos adornos dorados, que grave y austero como un juez adornaba el zaguán, dió las seis.